

de la autora, noblemente expresado en las tres palabras de la dedicatoria, puestas en la primera página de *La flauta en el horizonte*: "A mis padres".

FIDEL ARANEDA BRAVO

<https://doi.org/10.29393/At412-59APTM10059>

Antología de la poesía chilena, de CARMEN SOLER BLANCH.
Colección Auriga. Madrid, 1965.

Las dos últimas antologías de poesía chilena son lamentables: *Esencias del país chileno*, de Manuel Rojas, editada en México y cuya defectuosa composición analizó duramente Pedro Lastra, y ahora *Antología de la poesía chilena*, impresa en España y cuya selección se debe a Carmen Soler Blanch.

Lo sensible es que ambas hayan visto la luz en el extranjero, donde contribuyen a formar imágenes distorsionadas de la literatura chilena. En el caso específico de la española, ya en la solapa hay afirmaciones irrisorias: "La poesía chilena es una poesía pura, extraña, de hondo dramatismo, tal vez porque conserva viejas reminiscencias de la música primitiva de Arauco". Este juicio gratuito e inexacto da una idea de la improvisación con que se ha confeccionado esta antología. Y lo más grave es lo siguiente: se ha tomado como base otras selecciones poéticas, o sea, se ha verificado un saqueo sin siquiera citar las fuentes que fueron motivo de inspiración.

Es incuestionable que un antologista honrado debe conocer la poesía en los libros de los autores, no por referencias de terceras personas. Este mal, demasiado corriente, ha permitido sin que nadie se explique las razones, que determinados poemas figuren en todas o casi todas las selecciones líricas chilenas. Es evidente que existe unánime concordancia frente a *Fontana Cándida*, de Dublé Urrutia, pero no es la regla general.

¿Qué ha sucedido con la antología de Carmen Soler?

La *Antología de la poesía hispanoamericana*, de Ginés de Albareda y Francisco Garfias, en su volumen dedicado a Chile (1961), la *Antología General de la Poesía Chilena*, de Raúl Silva Castro (1959) y en menor grado *Poetas chilenos*, de Carlos René Correa (1944) han nutrido la empresa intentada en España. Así se explican los errores y omisiones que cuenta.

Antologar un poema de corte clásico de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán es equivocado pues su importancia radica en la poesía épica, fundamentalmente en el *Cautiverio Feliz*. Lo otro no vale nada.

Más adelante, al seleccionar a Salvador Sanfuentes, se incluye *El Campanario*, sin indicar que se trata de un fragmento; lo mismo sucede con *Fontana Cándida*, de Diego Dublé Urrutia, *Yerbas Buenas*, de Max Jara, *Chile del Sur*, de Juvencio Valle, que se conocen truncos.

Se concede una importancia desmedida a la poesía chilena del siglo XIX y eso porque Silva Castro ha puesto énfasis en su defensa, sin convencer a nadie. Muchos autores han fallecido también literalmente, aunque la autora se empeñe en hacer creer que aún perduran. Y si se toca el tema, para información de Carmen Soler han muerto Narciso Tendreau, a quien se supone vivo cuando murió en 1949. Hoy tendría 105 años; Jerónimo Lagos Lisboa y Samuel A. Lillo, en 1958; Zoilo Escobar en 1959; Víctor Domingo Silva, Aldo Torres y Ernesto A. Guzmán, en 1960; Carlos Préndez Saldías en 1962; Carlos Acuña en 1963. Por su parte, Francisco Contreras murió en 1933 y no un año antes; Carlos René Correa no nació en 1914 sino en 1912 y Juvencio Valle en 1900 y no en 1905.

Hay desconocimiento de etapas importantes de la obra de algunos poetas, como Juan Guzmán Cruchaga; de títulos de libros que no corresponden a la realidad; inclusiones sin asidero alguno, sobre todo para una antología internacional: Joaquín Cifuentes Sepúlveda, Victoriano Vicario, Omar Cerda.

La poesía femenina no ha podido estar representada de una manera más equívoca: María Cristina Menares, Mila Oyarzún, Gladys Thein, María E. Piwonka. Se desconoce a Cecilia Casanova, Rosa Cruchaga de Walker, Eliana Navarro, Francisca Ossandón, María Silva Ossa.

Las jóvenes promociones no se consideran para nada: Miguel Arteche, Hugo Zambelli, Efraín Barquero, José Miguel Ibáñez Langlois, Hernán Montealegre Klenner, Enrique Lihn, Alberto Rubio, Jorge Teillier. Ni a Gonzalo Rojas, Eduardo Anguita, Humberto Díaz-Casanueva, Rosamel del Valle, poetas de categoría, se les menciona. Ni al Premio Nacional Pablo de Rokha. La poesía en prosa es silenciada. Son más representativos Manuel Rojas —a quien se le atribuye un poema ajeno—, Hernán Cañas, Pedro Sienna, Pablo Garriga, Javier Vial Solar, Fernando Binvignat, Leonardo Eliz, etc. y poetas primitivos como Juan de Mendoza y Monteagudo y Manuel J. de Oteiza.

En suma, una antología irritante por el criterio que la ha presidido: funerario. Hay figuras minimizadas como Vicente Huidobro —su *Mío Cid Campeador* no es poesía, es versión novelesca en prosa; ignorancia de la evolución de la lírica chilena y sus nombres recientes; incorporaciones peregrinas y lo que es más grave tener como punto de referencia nada más que antologías.

Se trata de una empresa malograda que causará más perjuicios que beneficios. La idea de difundir la poesía chilena es plausible, pero no en condiciones tan precarias. No es primera vez que esto sucede en el extranjero con idénticas y desfavorables consecuencias.